

parecen suficientes, cuando no están garantidos, y tal vez los garantiza un medio que parece frívolo, como el áncora que detiene á un navío, siendo tan pequeña.

Ahora se pretende disminuir los gastos en los gobiernos y en la administración de justicia, procurando ser equitativos, y esperando que serán menores también en la guerra; verdugos, espías y ministros del terror llegarán á ser menos necesarios, y también los jueces y soldados, cuando en vez de oprimir á los pueblos y molestar á los vecinos, se comprenda el deber de no impedir mas que aquello que realmente perjudica á la sociedad, y la utilidad de las comunicaciones recíprocas y del comercio, que llega á ser una mejora social, haciendo que la riqueza prevalezca sobre el nacimiento, al paso que fraterniza las naciones por la necesidad mutua en unas de vender, en otras de comprar, y en todas de utilizar mas ventajosamente la superficie de este globo, fatigándose en mejorarle.

Esta obra está en su principio, y muchos intereses y prevenciones la retardan; y quedan prolongados martirios, en los cuales las compensaciones de la gloria desnaturalizan el castigo, y en los que la falta que se castiga no es la que se enuncia. La historia, con una justicia independiente del buen ó mal éxito de las acciones, tiene también en cuenta las flores que no han dado fruto, y elevando las miras del hombre sobre los accidentes efímeros, le descubre una dirección suprema que no aniquila la voluntad humana, sino que la conduce á sus fines, á pesar de su resistencia. La revolución, además de quitar algunos obstáculos, manifestó la insuficiencia de las organizaciones anteriores, pero exagerada y absoluta como todas las reacciones, ofreció pretexto á los malvados para calumniar el bien, y á los buenos para no esperarlo; porque las revoluciones son como el sol, que todo lo hace germinar y nada cultiva, y la reorganización solo se efectúa por los hombres pensadores, pero en su manía de reconstruirlo todo, muchas veces proponen la restauración total de la Iglesia y del Estado; porque la razón convertida en pasión de partido, y la pasión erigida en principio de razón, son la forma actual de la irreligión, que ya no se burla, sino que arguye, no destruye, sino que quiere edificar de otra manera. Sin embargo, las mismas paradojas de nuestra edad, fijan á lo ménos la atención sobre puntos poco conocidos, y llevan la luz al caos.

Pero ¿nos aproximamos á la verdad? ¿quién puede afirmarlo ó negarlo? ¿quién nos dirá cuál es la verdad? Entre una escuela parálitica y otra convulsa, entre hombres que quieren débilmente, pero que desean sin medida, entre aquel eterno contraste de principios que se aceptan y cuyas consecuencias se repudian, ¿cómo nos dirigiremos? ¿dónde terminan las razones de la monarquía y de la democracia?

¿en qué parte está el derecho evidente? ¿en cuál la naturaleza y la justicia? ¿basta la luz de una conciencia honrada, ó se quiere la autoridad? ¿cómo resistir á aquella voz poderosa que exige que todo se sacrifique á la opinión? se ha proclamado el progreso, pero ¿en qué consiste? ¿qué cosa es el mal por donde comienza la humanidad, y cuál es el bien á que se dirige? ¿no llaman muchos decadencia á lo que nosotros adelanto?

Hay en los pueblos inclinaciones irresistibles, que los adulterios políticos pueden detener, no destruir; las ideas de lo justo y de lo injusto no aparecen evidentes, y los convenios que las contradicen, no son mas que treguas, entre las cuales resuena la voz popular. Además, ¿cómo aplicar á la historia, la justicia pura? ¿hay deberes especulativos ó positivos entre los pueblos? ¿cuál es el poder de la voluntad de los individuos sobre el impulso de las naciones? ¿qué es esta misma *humanidad* que idolatramos? ¿se compone de hombres aislados? Pero si cada uno es libre é independiente, ¿cómo en su complejo están todos ligados á un fin providencial? ¿cómo son solidarios en cuanto á los padecimientos y felicidades? Si el progreso es la ley de la humanidad, si la humanidad tiene una ley, esta será por esencia inevitable, y entonces el hombre dejará de ser responsable de sus propias acciones; con tal que consiga su objeto, queda justificado; pero la historia no debe elogiar ni vituperar, sino solo referir.

Se puede huir de las consecuencias, suspendiendo la lógica, y de las refutaciones manteniéndose en la vaguedad; pero el historiador debe elegir una opinión, seguro de desagradar á alguno y tal vez á todos, porque las pasiones exigen y dan juicios contradictorios, y el aceptar la disputa sería un trabajo interminable.

Habitando en la tierra no observamos los rayos solares que ella refleja, y pareciéndonos oscura, alumbramos con viva luz á los habitantes de los demás planetas. De este modo deberá juzgarnos el porvenir, ó tal vez será bastante describirnos. Para esa tarea se nos ofrecen nuevos instrumentos, y se nos presentan nuevos métodos. Ya no tenemos que recorrer desiertos horrorosos, donde solo ruinas y cadáveres señalan el camino, sino penetrar bosques como los de la Luisiana, entrelazados de espesísimas ramas. Para los tiempos antiguos teníamos materias debatidas en prolongadas disputas, de las cuales salió la luz ó el acuerdo entre los hombres pensadores; para los medios, no queriendo encadenarnos á la historia convenida y sistemática, tuvimos que anudar la cadena probable de confesiones sorprendidas, de monumentos sueltos, de razonables conjeturas, emprendiendo nuestro trabajo sobre noticias inciertas, mal determinadas y sobre todo escasas; para los modernos se nos presentan muchos, porque de cada

hecho surgen mil narradores, que cada uno ve á su modo, y se inclina á sus propias impresiones, justas, ingenuas ó preocupadas formando un copioso manantial de ilaciones, ya verdaderas, ya falaces. ¿Cómo desembarazar á la historia de aquella multitud de anécdotas malignas, sospechosas ó aduladoras, tan contrarias á la verdad como á la justicia?

Algunos fundan su principal apoyo en las estadísticas; pero sin tener en cuenta que tal vez incurrer en la frivolidad, hasta asemejarse á aquel Heliogábalo que quería conocer el número de los habitantes de Roma por la cantidad de sus telarañas. ¿Presentan acaso las estadísticas los medios de estimar el valor moral de una institución ó de una sociedad por poco numerosa que sea, por sencillos que supongamos sus elementos? ¿No se le escapa siempre la vida, como se le escapa al anatómico bajo su escalpelo? Gran sobriedad se requiere, ya sea para deducir ó las reformas ó una réplica á las teorías aplicadas, ya para desarmar las preocupaciones y las costumbres.

También se buscan en las correspondencias diplomáticas los motivos de las acciones y su curso; pero muchas causas de los actos públicos quedan sepultadas en el corazón de los príncipes y de sus ministros. De aquí la gran precaución con que debe hacerse uso de tales documentos, porque están dictados generalmente con mucha cautela, y á menudo con hipocresía. Los debates del foro antiguo ó de los parlamentos modernos solo son compilaciones de personas medianas, obedientes á las órdenes de otras, y en las que á la falta de sinceridad se agrega la de colorido y vida. El arte consiste en adivinar el pensamiento que existe bajo aquel cúmulo de palabras combinadas para extraviar la inteligencia, y de este modo llegar á presentar la política con el antiguo séquito de sus fines, sus fraudes y sus pasiones; y en conocer bajo qué máscara quiere aparecer la fuerza, de qué protestas cubrirse la injusticia, y qué consideraciones cree deber á la opinión (1).

Las cartas de personas bien informadas y sin intención de que tengan publicidad ofrecen una perspectiva mas inmediata y familiar de los caracteres, de las costumbres y de los acontecimientos, explican las causas mas impenetrables de las acciones; y aunque la verdad resulte desfigurada entre pasiones vivas y actuales, se encuentra en ellas la historia de los sentimientos, tan importantes y que aun está toda sin hacer.

También conviene preguntar muchas cosas

(1) *Pour qui sait y lire, peu de documents indiquent mieux la vérité que les mensonges officiels.* BARANTE. « Les relations, dans les temps tels que ceux-ci, méritent peu de foi, parce qu'elles ne présentent le plus souvent que la passion observant la passion. Tous les hommes d'ailleurs ne veulent pas observer, et parmi ceux qui observent tous ne savent pas voir, et parmi ceux qui voient tous ne sont pas faits pour raconter. Il faut appeler des discours qui ne signifient rien aux faits qui ne trompent jamais. » DE MAISTRE. *Corresp. diplom.*

á la literatura, como manifestación de la opinión, recordando, empero, que no es unánime ni imparcial. Además de que las bellas producciones duran perpetuamente, á pesar de descubrimientos ulteriores, como la perla que no disminuye de precio porque se encuentre en mayor número en el mar de donde fué sacada; son preciosísimas las correspondencias, las anécdotas, los pensamientos, las conversaciones, las particularidades del carácter de los grandes artistas, marcadas con un tipo especial que en vano se trataría de contrahacer.

Los periódicos, dictados bajo las impresiones del momento, no atestiguan los pensamientos del público, ni tampoco los del escritor; órganos del gobierno, no les son imputables las mentiras que les mandan insertar; órganos de los partidos, son atroces detractores ó ciegos panegiristas; vendidos ó corrompidos, siempre son corruptores; son muy inferiores á las memorias, porque no están escritos por personas versadas, ni garantidos por un nombre respetable; no se les puede leer sin reflexionar qué clase de historia leerán nuestros hijos, estando sacada de fuentes tan cenagosas. Ellos pretenden oscurecer las verdades por otros proclamadas; niegan á los demás la libertad del pensamiento y de la manifestación, y se la abrogan á sí mismos; no suponen convicciones profundas y dignidad de carácter porque no las tienen; toda sincera verdad se mancha con su inmundicia; todo libro nuevo lo critican ó lo adulan, no según su mérito, sino según su pasión; y prevaleciendo entre el vulgo que los lee porque su voz está mas difundida y mas repetida, extravían los juicios, y presumen crear una opinión que llaman popular porque es plebeya.

Poseemos una multitud de memorias, relaciones animadas en las que el narrador, precisado á ponerse en escena, pone también lo que le rodea, y les da un carácter dramático. Muchas veces merecen sin embargo el cargo que hacía Vauvenargues á los cortesanos, esto es, de poseer el secreto de aniquilar los grandes pensamientos; y de aquí el que acudan á ellas los que buscan, para explicar los hechos, causas pueriles, malévolas, miserables. La historia resulta entonces mas picante, pero ménos digna y ménos verdadera; porque los detalles biográficos, los accidentes no ménos que las agudezas y los caprichos de los reyes, no le pertenecen. Se trata de penetrar en los problemas nacionales, en las pasiones y en las ideas del tiempo; traspasar los confines de la arqueología y de la geografía para ver el progreso continuo de la humanidad; no hacerse órgano de los rencores ó de la adulación, sino anunciar la verdad aunque disguste; arrojar las conchas por hermosas que aparezcan, á fin de aprovecharse de la perla que contienen; adherirse á lo que debe vivir, descuidando lo que está destinado al sepulcro, y dirigir la atención del hombre sobre sí mismo para revelarles su

Literatura.

Periódicos.

propio poder, y sobre los demas para determinar las conveniencias (1).

En la historia, como en las matemáticas, hay cuestiones que no conviene volver á tratar porque son insolubles; otras por demasiado vagas, y como tales susceptibles de múltiples soluciones. Y así como la mitad de la luna, á pesar de su oscilamiento de libración, siempre quedará invisible para los habitantes de nuestro planeta, así algunos hechos permanecerán siendo arcanos: y adivinar las intenciones ó mas bien suponerlas y sutilizar sobre las causas ocultas, podrá llamarse por algunos filosofía histórica, pero en realidad solo será un modo de engañarse y de engañar á los demas. Los talentos privilegiados lo conocen y saben detenerse; pero los vulgares se rebelan con infantil despecho contra la ignorancia impuesta por la naturaleza y la necesidad, y no se tranquilizan mientras que no obtengan soluciones fijas y determinadas sobre objetos en que la precision es error; talentos sin alas, que tienen necesidad de sistemas y fábulas, y no saben sostenerse sino en la materia.

Que favorezcáis á Roma ó á Cartago; que defendáis á Dagoberto ó á Pepino, á Manfredo ó á Carlos de Anjou; que reconozcáis en el papa ó le neguéis el derecho de investir al emperador y de elegir los obispos; que el imperio tenga ó no supremacía sobre las repúblicas; que el feudatario deba ó no el homenaje ligo á su señor; que los Comunes subsistan durante la invasion ó que los vencidos queden esclavos; que las falsas Decretales sean invencion francesa ó romana; que Gregorio VII tenga ó no razon para mortificar á un tirano..., son cuestiones bastante remotas para pesarlas con sensatez, á no ser que la pasion quiera hacer de ellas un arma para aludir á otros tiempos. Pero los intereses presentes nos estrechan por todas partes, y cada día se presentan muchas cuestiones para su solucion; la llaga de la Reforma todavía no se ha cicatrizado á pesar de la tregua indeterminada de Westfalia; la Revolución no sabemos si está en la agonía ó da sus primeros vagidos; el homicidio de la Irlanda, de la Polonia, de la Italia, consumado ya hace mucho tiempo, se manifiesta mas de día en día; las disputas interiores sobre la Grecia se reproducen bajo formas variadas; el renacimiento de las letras y de las artes bajo la forma clásica extiende tanto sus efectos que llega á dividirse en dos escuelas; y la organización civil de los reinos y de las repúblicas de hoy tiene su origen en las ambiciones, en las usurpaciones ó en la revueltas.

¡Ardua tarea es escribir una historia que dura todavía! Para hacer las efigies de Homero,

(1) Algunos tuvieron, para su propio uso, registros diarios de los hechos que iban ocurriendo. Tales son los *Prioratos*, donde algunas casas de Florencia anotaban los priores que anualmente ocupaban el gobierno, añadiendo despues los acontecimientos interiores y aun los exteriores de que tenían conocimiento. Tales fueron los diarios de *L'Estóile* para los reinados de Enrique III y Enrique IV de Francia.

Rómulo ó Moises, bastan al pintor ciertos símbolos convenidos, y se dirá que son de ellos; pero que tenga que reproducir las de Carlos XII, Luis XIV ó Napoleon, y todos podrán comparar la fidelidad de su pincel; supongamos, pues, que tenga que hacer el retrato de vuestro padre, de vuestro amigo ó de vos mismo, y entonces se mezcláran los afectos, y á los que amen parecerá desfigurado lo que un extraño juzgará lisonjeado. Otro tanto sucede con la historia. ¿Quién no ha leído un autor? ¿quién no tiene predileccion por un país? ¿quién no ha dado su opinion sobre los héroes y los hechos próximos? ¿quién en aquel brevaje de preocupaciones que se titula educacion no ha adquirido falsas ideas de gloria? Cada ciudad posee un artista ó un cuadro que considera sublime; cada editor ha elevado hasta el cielo al autor de la obra que publica; cada uno cree que se ha tratado muy de paso de su arte y de su patria, y muy detalladamente de las de los demas. El punto de vista de la posteridad abrevia mucho la historia literaria, cada día que pasa lleva consigo una admiracion; pero el hombre á quien desengaña se vuelve ingrato, como aquel á quien por primera vez revelan las faltas de una mujer que ama; irrita quien se atreve á ilustrar una ceguedad voluntaria. Empero hay gran diferencia entre hojear un autor y profundizarlo, acertar su intencion ó solo cualquier pasaje suelto; entre juzgar un hecho ó un nombre aislado, y verlo en su conexión con los demas: y á quien sudó y se heló buscando la verdad le viene á la boca aquella respuesta del padre Arduin: « ¡Qué! ¿me he de levantar siempre ántes que amanezca para pensar como todos los demas? »

Así sucede con las invenciones; no hay una que no haya tenido precedentes, ni un gran talento que no haya conocido su importancia, sus aplicaciones, y sus consecuencias. Tales son las disputas de prioridad. El orgullo nacional hace aparecer magnífica toda mezquindad, y eternos los puestos que en el templo de la gloria ocuparon algunos durante su vida; los extranjerios censuráran de haber ensalzado toda reputacion italiana á aquel mismo que los Italianos tacharán de envidiosa parsimonia (1). Añadamos á esto las vanidades personales, que hacen que cada uno pretenda no solo respeto, sino condescendencia en cuanto á su opinion, é incienso á sus méritos domesticos; porque la gloria es como los retratos, que cada uno cree que miran hácia la parte donde él está.

(1) Mably en el prefacio al *Droit public de l'Europe*, dice: « Je prie un Allemand qui approuve ce que j'ai dit de l'Angleterre, de la Suède, de l'Espagne, etc., de soupçonner qu'il ne serait peut-être pas impossible que j'eusse encore raison quand je parle de l'Allemagne d'une manière qui n'est pas tout à fait conforme à sa manière de penser. Ce que je demande à un Russe, à un Danois, à un Italien, etc. Ma prière est juste, mais je sens que le préjugé ne m'accordera rien. »

Divididos como estamos en artistas y especulativos, en novadores y conservadores, lo que á uno agrada otro lo desaprueba (1): solo tienen importancia para unos los cálculos, para otros únicamente el sentimiento; se exige imparcialidad del escritor, y se le acusa de falta de energía; se piden particularidades sobre el comercio, las artes y el gobierno, y disgusta que las consideraciones debiliten la narracion. Cuando Bernardino de Saint-Pierre leyó su Pablo y Virginia, Necker se dormía, Thomas estaba distraído, Buffon pidió su carruaje, y las señoras se apresuraron á ocultar sus lágrimas involuntarias; madaña Necker le animó, pero de una manera que le humillaba; Bernardino quiere quemar su obra, pero Vernet lo ve; Vernet es artista y regala al mundo un libro inmortal.

En fin la historia no debe ser únicamente la campana fúnebre para los hombres é instituciones que han espirado, sino tambien el alegre anuncio del nacimiento de una idea, que pretende llegar á ser un hecho, y llama á los pueblos para que la saluden á lo ménos con el deseo.

¡Ay del historiador que trate de agradar á todos! La impopularidad es noble cuando consiste en no dejarse arrastrar de la multitud, y en desear mas bien que un fácil asentimiento el valor de la oposicion. La rectitud de juicio y la libertad de espíritu equivalen muchas veces á una ciencia consumada. El historiador debe persuadirse sobre todo que las grandes verdades se inculcan ménos con una elocuencia febril que con la razon y la evidencia de los hechos; y que se consigue mas con aproches bien ordenados que con asaltos á brecha abierta. Las preocupaciones solo ceden al tiempo, aunque sea cierto que han de ceder; y sin embargo, el hombre que las combate se resigna á ciertas consideraciones, que le sirven de escudo al asaltar la ciudadela del error. Bernoulli obtiene en 1751 el premio de la Academia de las Ciencias en la cuestion de la órbita de los planetas, pero confiesa que se lo debe al respeto que manifestó á un error, cual era el de los vórtices de Descartes. Solo la perezosa jactancia podrá criticarle este sacrificio, porque no sabe cuánto cuesta.

En las historias modernas, sobre todo, se hace necesario el arte que otras veces hemos recomendado, de leer lo que no se escribió en los libros, porque el autor muchas veces, por amor á la verdad, se somete al martirio de oscurecerla; si no puede vituperar á Bonaparte que se hace tirano, elogia á los que se atreven á resistirle; encubre, pero con la confianza de que el lector sabrá romper el velo, y suplir sus reticencias obligadas y artificiosas (2).

(1) Tres mihi convivæ prope dissentire videntur, Poscentes vario multum diversa palato, Quid dem? quid non dem? renuis tu quid? jubet alter. HORACIO, Ep. II, 2.

(2) Galiani hacía consistir la elocuencia en decirlo todo sin ir á la Bastilla.

Cuanto ménos persuadido está el historiador moderno de obtener para sí la tolerancia, tanto mas debe tenerla hácia los demas; pero no nacida de aquella indiferencia que acepta igualmente todas las creencias como sean morales, que es el modo de subvertirlas todas: sino la que descansa sobre el sentimiento religioso y sobre la esperanza de que Dios, sin destruir lo que históricamente existe, hará que la verdad vaya adelante y que llegue á su reinado. La intolerancia siempre es un orgullo, que presume disponer las cosas como las cree, sin atender á la debilidad humana, ni á la historia que nos demuestra que la persecucion, obligando al secreto, induce á sospechar lo peor; porque toda verdad oprimida es una fuerza que se acumula.

Esto no significa que el historiador deba caminar rectamente como el agrimensor, el cual, al trazar un camino, solo atiende á la línea que debe seguir, no á la hermosura y fertilidad de los países que atraviesa. Lo bello es no solo un atractivo, sino un consuelo del espíritu; y el águila que se eleva á las regiones superiores, siente necesidad de respirar y se detiene, aunque no le falten las fuerzas. Una fria justicia y la exhibicion de la verdad pura se asemeja á los retratos fotográficos, que ofrecen los verdaderos lineamientos, pero parecen cadáveres. Narrar sin lamentarse de lo que sucumbe, sin esperanza en lo que se eleva, es la imparcialidad del escéptico que se somete á las leyes de los hechos sin odio ni amor; al paso que la pasion por la verdad es lo primero en el que escribe la historia (1). Será imperfecta si no hace mas que disertar, analizar, deducir, porque se requiere que afecte, interese, é instruya; que manifieste el insigne espectáculo del hombre, que á obstáculos renacientes, á obstinadas adversidades, á viles calumnias, oponga el valor civil y cotidiano, mucho mas meritorio que el fácil valor de los campamentos; se requiere que sepa llamar criminal al hombre en medio de su gloria sin virtudes, y llamarle sublime cuando soporta moderadamente su desgracia. Su instruccion produce ménos del exámen que del interes, porque lo que conmueve no se olvida. Es conveniente hacer como aquel que pasando por una ciudad donde tiene muchos amigos, y encontrándolos, se complace en detenerse con aquellos á quienes tiene mas estimacion y simpatía. Tambien es provechoso considerar siempre á los grandes hombres tales como son, porque en el hombre está la verdadera enseñanza de la historia; y despues de examinar los gobiernos, las instituciones, las leyes y las costumbres, siempre es necesario volver hácia él, mediante el cuadro de sus debilidades, de sus miserias y de sus virtudes. En los contrastes que aguarda el proclamador de la verdad, ¡cuánto complace recordar que Sócrates fué perseguido por el Areó-

(1) « Lo mejor que la historia puede darnos es el entusiasmo que despierta. » GOETHE.

pago, Colon por sus reyes, Galileo por la Inquisición, Tasso por sus Mecénas, Condorcet y Lavoisier por la Revolución! Cuando Adamson presentó al Instituto su plan sobre el orden universal de la naturaleza, aquella corporación, que lo juzgó una obra prodigiosa, le llamó a su seno; pero él respondió que no podía ir, porque no tenía zapatos.

Avivada la imaginación del historiador por la benevolencia hacia el asunto que la ocupa, sabe recoger aquellas particularidades que son a la vez la poesía y la verdad de la historia (1). En lugar de los infieles cuanto fastidiosos detalles de las batallas (2), pone las disputas de las escuelas y los debates de los parlamentos. Weishaupt, Jansenio y San Simon ¿no merecen tanta atención como Montecúculi ó Rodney? Las cuestiones de los *rotten-borough* y del impuesto sobre cereales ¿no son más atendibles que una guerra? La independencia americana se conquista en las cámaras inglesas antes que en los campos, y los congresos de Verona y de Londres deciden más que los hechos de armas de Antrodoco y del Trocadero.

Pero para buscar y exponer la verdad, ¿le basta referir los acontecimientos, cuando más con elogio ó vituperio (3)? Los hechos sin razonamientos son las palabras de un diccionario que nada expresan si no están dispuestas con conexión. Además de buscar con celo, de examinar con sinceridad, de exponer con claridad, debe el historiador tener un método de considerar los acontecimientos; con tal que al elegirlo recuerde que la verdad no se deduce de ellos, sino que los juzga, y que la filosofía domina la historia, más bien que resulta de ella.

Algunos quisieran fundarse únicamente en las razas, como si la unidad de estas bastase para explicar los pueblos. Pero el clima, la acción política y las creencias ¿no son fuentes generales de las variaciones sociales? Los que creen anarquía la multiplicidad de fuerzas libres, y en un Estado desean la unidad como condición primera, solo observan la progresiva consolidación del poder absoluto, llamándole orden.

Otros denigran todas las cosas, y á falta de ellas las intenciones, lisonjeando aquella humana debilidad por la que deseamos reducir los grandes hombres á la medida ordinaria; pero nosotros tenemos fe en la virtud fecunda-

(1) « He podido persuadirme con el ejemplo de lo pasado y la experiencia de lo presente, que el público siempre ha sido avaro de conocer á los hombres que dejaron imagen de su alma. Los detalles más minuciosos concernientes á ellos se recogen con envidia y se leen con avidez. » GIBBON. *Mém.*

(2) « Quinam sit ille quem non pigeat longinquitatis bellorum scribendo legendoque, quae gerentes non fatigant. » LIVIO, X, 22.

(3) Si tuviésemos que seguir la sentencia de Quintiliano *Scriptur ad narrandum, non ad probandum*, no tendríamos historia de la edad média. Aun aquellos que profesan esta opinión no la practican, y los hechos llegan á ser lo accesorio de un pensamiento concebido de antemano.

dora de un hermoso ejemplo. Otros, por el contrario, se apresuran á reparar (ó como hoy se dice) rehabilitar las memorias más reprobables. En verdad, muchos juicios debían reclamar apelación, muchas glorias debían dejar el puesto; pero no se rehabilita á nadie suponiendo méritos que jamás han existido, sino reconociendo aquellos que pudieron atribuirle sus contemporáneos, ó que á lo menos una parte de estos debía confesar.

Tampoco falta quien considere la historia como una metáfora poética ó un discurso oratorio, divirtiéndose en ingeniosos contrastes y curiosas aproximaciones, buenas para paradojas ó para el espíritu de secta, pero repugnantes á la verdad. La historia no cambia de teatro, ni las escenas de ayer podrán repetirse mañana: y si bien el hombre se propone siempre los mismos problemas, y la historia en suma no es otra cosa que la diversidad de sus soluciones, jamás estas se presentan idénticas. Bien se podrán sacar alusiones, por aquella necesidad de comparar lo que es y lo que fué; porque es imposible hablar de otros reyes y de otros pueblos sin pensar en los contemporáneos; y mientras los hombres sean hombres, lo pasado será la sátira de lo presente, por semejanza ó por diversidad.

Un nuevo escollo presenta la generosa simpatía que nos inclina á encontrar la razón de parte del débil, del inerme, del que sucumbe, y á admirar las fuerzas sociales que se crean por sí mismas sin auxilio de otro. De aquí el tomar partido con los papas, los cuales sin otra cosa que su palabra resistieron á las espadas; de aquí que después de haber maldecido á los Moros que invadieron á España, se maldijese á Felipe III que los exterminó; que después de reprobadas las constituciones de Polonia y Hungría, se temblase cuando se sofocaron con sangre: de aquí el maldecir á Enrique VIII porque mató á los Católicos, y al mismo tiempo á Felipe II y á María la Sanguiñaria por sus reacciones. Pero ¿qué sentimiento puede ser más excusable? Sin embargo, el historiador no debe tener las desgracias como virtudes, ni honrar á los débiles como mártires.

Debe también desmentir á aquellos que hacen al éxito juez de la moralidad, y dan siempre la razón á la parte que prevalece, de modo que no solo dicen *desgracia ha sido para los vencidos*, sino *vergüenza ha sido para los vencidos*. No: en la historia no se debe juzgar del derecho por el hecho; porque si este precediese á aquel, obtendría suprema importancia la guerra, la cual ya asegura la razón, ya la oprime.

Las historias de los modernos sufrieron dos plagas, el entusiasmo y el miedo. El entusiasmo por la antigüedad lo dirigía todo á formar paralelos con ella; pretendía aquellos hombres, aquellas virtudes, aquella moral en los particulares y en el público, no calculando la

inmensa diferencia que hay entre la individualidad antigua y las masas modernas, como la hay entre el manuscrito y la imprenta. De aquí nace que combatamos con furor alrededor del cadáver de Patrolo; de aquí que, como los Romanos, solo sepamos exclamar *majores nostri*; y de aquí que á dos ó tres héroes predilectos se haya sacrificado toda una generación. El miedo á los reyes produjo menos errores que el miedo á los filósofos; porque si del primero se podía uno librar con reticencias y ocultaciones, hubiera sido irreparable una burla de los enciclopedistas, únicos dispensadores de la reputación. En Raynal, en Gibbon y en otros escritores notables, se conoce este temor á las burlas de aquellos Sansones que hacían temblar el templo; Rousseau solo se escapó de ellas excediéndoles en extravagancias.

De aquí una débil condescendencia, una disimulada imitación, para la cual se generalizó el abuso de la filosofía, que consistía en abstraer, dividir, analizar, disecar, descomponer; de aquí la proclamada necesidad del análisis, abusiva muchas veces, y otras mal entendida. Lagrange titula analítica su mecánica, que es bellísima precisamente porque es sintética, pues que de principios generales deduce todos los secundarios, y hasta los hechos más particulares (1). El análisis y la síntesis son los procedimientos esenciales y constantes de la lógica, donde una idea general se descompone en particulares, después de estas se dirige de nuevo á una general, aislando primero y combinando después los fenómenos. El análisis, dice el profundo Wronski, es retrogresivo, porque remonta la corriente de los hechos; la síntesis progresiva, porque los secunda; el primero abre el camino á la verdad; la otra manifiesta su encadenamiento; aquel considera los hechos bajo todas sus facetas, pregunta á la experiencia, y por medio de inducciones se eleva de causa en causa hasta llegar á la suprema; la síntesis, partiendo del hecho superior que comprende los subordinados, desciende á las causas secundarias, á los efectos más peculiares, explicando los fenómenos por medio de su concepción, ó más bien justificando esta por los resultados ciertos de la experiencia y de la observación. De este modo, el médico estudia aparte cada uno de los tejidos elementales del organismo, formando la anatomía histológica, y después la anatomía trascendente vuelve á conducir las variedades á la unidad, no por un instinto vago de generalizar, sino determinando científicamente las semejanzas positivas. El análisis y la síntesis corresponden, pues, al juego de los nervios y músculos en el movimiento humano, al ascenso y descenso del pistón en la bomba; pero uno solo nunca dará enteramente la filo-

(1) Á ciertas mezquinas historias de las ciencias, hechas á retazos, pudieran oponerse los admirables capítulos preliminares de las varias secciones de la *Mecánica analítica*,

sofía. La descomposición demostrará que todas las sustancias orgánicas se forman de oxígeno, hidrógeno, carbono y azoe. Pero ¿serán por esto lo mismo la rosa que la ortiga, el inmundo cerdo que la niña por quien palpita vuestro corazón? La física, la música, la mecánica, ¿nos dieron los elementos de los sonidos? Pero ¿quién revelará el secreto por cuyo medio ha compuesto Rossini sus sinfonías?

Los maestros de hace un siglo gritaron *análisis, análisis*, y erigieron edificios que ninguna luz reciben de lo alto. De aquí aquella crítica sin la menor idea moral; de aquí el atender solo á las causas externas, descuidando las morales, y dejando en la oscuridad los rasgos distintivos de la historia; de aquí la antigüedad restaurada de la manera que la cabeza de Dante descubierta hace poco en Florencia, la cual tiene un hermoso perfil, pero le falta un ojo; de aquí también la pretensión de hacer positivas las ciencias históricas por medio de las probabilidades matemáticas, teoría nacida con Jacobo Bernoulli, reproducida por Condorcet, proclamada por La Place, y que repugna al verdadero análisis histórico, porque pretende subordinar al cálculo numérico el fondo íntimo de una nacionalidad, la condición individual de un Estado, el cual produce circunstancias locales y complicaciones extravagantes en la apariencia, que se escapa á las consecuencias deducidas de una regla general, hasta que no se conoce la naturaleza y los accesorios de la situación histórica.

Cuando después la Revolución, en nombre del raciocinio, esto es, del derecho eterno, declaró guerra al derecho histórico que la repugnaba, se conjuraron en su defensa los poderosos contra el pueblo que reclamaba la igualdad; pero desde que los falsos adoradores de la libertad la condujeron á excesos inexcusables, los rectos amigos de ella conocieron que la historia debe enseñarse dirigiéndola á mejores usos, como asimismo el modo de conservarla, sus peligros y los artificios utilizados para destruirla ó desfigurarla. Por esto se sometió á exámen la situación política y civil de varios pueblos y de sus constituciones, los principios y variaciones del derecho público y privado, los progresos de la legislación y de la administración, y cuanto conduce al bien de todos y de cada uno; la condición moral é intelectual de las naciones, las costumbres, las opiniones, los institutos y la actividad. La tiranía descubierta de los príncipes, no protegidos ya por veneración patriarcal como las antiguas dinastías, sino soberbios por la conquista, invitó á buscar las vetustas glorias como una protesta; de aquí surgieron dos escuelas: una que elogiaba las instituciones feudales y jerárquicas de la edad média, y mientras parecía favorecer á los príncipes, revelaba los progresos del pueblo é irradiaba sublimemente algunos puntos históricos; y otra que apareció en la edad média con otras ideas, fundándose en el derecho